

La reforma social

I

Desde Fonfría, pueblo de escasa importancia y de lo más apartado de la región aragonesa, vino a Madrid, allá por el año 1880, un joven baturro llamado Ramón, el cual, no conociendo sino por referencias la vida de las grandes poblaciones, venía con muy pocos cuartos, sí, pero con muchas ilusiones.

En su pueblo había oído referir mil veces la manera tan sencilla cómo habían hecho fortuna más de cuatro que, como él, se habían aventurado, sin oficio ni beneficio, a perder de vista las pobres casuchas y poco productivos terrones del lugar que los vio nacer; pero aquellos tiempos ¡ay! eran otros. No teníamos tantas libertades, pero había más dinero.

Sin embargo, el hijo del tío Roque el pelaire fue a servir al rey, y ya no quiso volver al pueblo a cardar lana porque encontró colocación en casa de un señorón muy rico, y aunque en un principio entró de mozo de comedor, como era muy laborioso, y además fiel como no hay dos, premiaron sus buenas cualidades con un cargo de confianza en la casa. ¿Por qué él, que siempre había demostrado mejores aptitudes que su amigo en las lecciones que les daba el señor Cura, y que sabía algo de latín y las cuatro reglas de la aritmética, no había de empezar por donde su paisano terminaba?

Así que su primera intención al llegar a la corte fue entrar al servicio de algún título o persona adinerada, y no le sirvieron de poco para conseguirlo las muchas relaciones que su paisano había adquirido por razón del cargo que desempeñaba.

Entró para lacayo en casa de un marqués; luego de inche en casa de un banquero, y por último de mozo

de cuadra en una empresa de coches. ¡El que en todo pensaba ser superior a su amigo, se había lucido! Claro, de todos los sitios lo echaban por las mismas causas: por su poco amor al trabajo, por ser muy pendenciero y por su desmedido afán de meterse en todo sin entender de nada.

Aburrido su paisano de proporcionarle colocación una y otra vez, y viendo el poco caso que de sus consejos hacía, poniéndole su conducta como ejemplo, decidió abandonarlo a su suerte, pues cansado estaba de dar los mejores informes de él para que lo admitieran, y luego quedar corrido por su comportamiento.

II

Perdido este apoyo seguramente se hubiera muerto de hambre, a no haberlo recogido en su casa un zapatero de viejo, a quien conoció en la taberna, pues aunque era de los que no creen en *ná*, y para él eran más verdad que las del Evangelio las cuatro patochadas que decía *El Tío Conejo* y otros papeluchos por el estilo, no tenía mal corazón. Ramón simpatizó con él desde los primeros momentos, porque el señor Crispín era socialista, y le sonaba muy bien eso del reparto social y otras cosas que le oía decir.

—Si yo mandara nada más que veinticuatro horas —repetía con frecuencia,—pronto se había de arreglar España.

—Hombre, en tan poco tiempo poco bueno ni malo podría usted hacer—le objetaba algún parroquiano.

—¿Poco? Con dos reales órdenes estaba todo *arreglado*. La primera para echar de aquí a todos los curas, monjas y frailes, quedando sus bienes en favor del Estado, y la segunda autorizando el reparto social; porque, desengañense ustedes, la propiedad es un robo.

—Señor Crispín, eso no serían dos reales órdenes;

serían dos soberanas barbaridades. Además que, por lo que se ve, ni aun en el reparto quiere usted que entren los curas, frailes y monjas, y por eso los echa usted en la primera real orden, para luego repartir.

Pero él no podía resistir que se le contradijese en esta materia; se ponía furioso.

Ramón participó muy pronto de las ideas del señor Crispín, olvidándose de los sanos consejos y buenas doctrinas que el señor cura de su pueblo le había enseñado, y ya era más ateo que él, si cabía, y odiaba todo lo que olía a iglesia tanto como su maestro. Asistían a todas las reuniones socialistas y masónicas, donde se hablaba mal de todo lo existente, y en su entusiasmo y fanatismo llegaban a extremos inverosímiles.

Así pasaron unos dos años, hasta que Ramón cayó en la cuenta de que la tutela que sobre él ejercía su maestro, compañero y h. le era muy pesada, pues desde que él aprendió el oficio apenas si el señor Crispín trabajaba. Se pasaba las horas, y los días, en la taberna discutiendo sobre política y tomando copas, y mientras tanto Ramón tenía que componer los *pares* que caían, y como el fondo era común, de su sudor tenía que salir todo lo preciso para cubrir las necesidades de la *sociedad*.

Muchas veces pensó Ramón en su pueblo y en lo bien que había de pasarlo allí trabajando en su oficio, y de buena gana hubiera dicho al señor Crispín que quería volverse a él; pero lo detenía el agradecimiento que sentía cuando recordaba el inmenso favor que le hizo brindándole pan y hogar cuando de todo carecía. Pero pensando uno y otro día en esta decisión, adquirió el convencimiento de que era el mejor partido que podía tomar, y sin andarse con preámbulos, con la rudeza característica de la gente de su tierra, dio al se-

ñor Crispín la noticia de que estaba decidido a marcharse a Fonfría. Su maestro nada replicó. *El hombre es libre*, era su lema, y, por tanto, libertad absoluta tenía para hacer lo que quisiera. En su interior sentía otra cosa muy distinta; pero el ideal era lo primero.

Ramón reunió el dinero necesario para el viaje y para comprar un poco de herramienta del oficio, se despidió de su amigo y maestro y de algunos vecinos y correligionarios, y tomó el tren para su tierra.

III

Como Fonfría es un pueblo muy pequeño, pronto cundió la noticia de la llegada de Ramón. Todos sus parientes y amigos fueron a visitarlo, quedando maravillados al ver el cambio tan grande que se había operado en él. Aunque rudos, pronto vieron que los trataba así como con compasión, como a seres inferiores.... Pero ¡bah! ¡cómo venía de Madrid! Ya se iría acostumbrando otra vez a la vida sencilla y franca del pueblo.

Al día siguiente, domingo, se reunió con los mozos en la plaza, donde jugaban a la pelota o tiraban a la barra hasta la hora de la misa mayor. Todo el mundo penetró en la iglesia después del último toque, menos él, que se marchó a tomar el sol mientras se celebraba el santo sacrificio. A la salida volvió a juntarse con ellos, y ya se encaminaba a la taberna, cuando le llamó la atención el señor Cura, que le salió al encuentro.

—Buenos días, Ramón—le dijo.—Desde ayer sé que te encuentras en el pueblo, y aún no has venido a saludarme ni a contarme cómo te ha ido por Madrid.

—Pensaba.... luego....—tartamudeó.

—Bien, hombre, bien. ¿Y por no saludarme es por lo que no has venido hoy a misa? Porque no te he visto por más que he mirado en la iglesia.

—Déjeme usted a mí de misas y sermones, que bastante tengo oídas cuando le ayudaba a usted de muchacho. Además, ya se acabó el que engañe usted a esta pobre gente con esas tonterías: yo me encargaré de hacerles comprender que eso no es más que *plamplinas* y saca dinero.

—¡Dios mío! ¡Qué ideas tan corrompidas trae de Madrid este muchacho!

—Dios, Dios; eso se queda para los del pueblo, pobres ignorantes embrutecidos en el trabajo. Y dando media vuelta echó a andar sin despedirse ni mirar siquiera a aquel venerable anciano que, con el corazón transido de dolor y lágrimas en los ojos, lo veía marchar calle abajo.

Con otros jóvenes como él penetró en la primera taberna que encontró al paso, y allí empezó a hablarles de lo que había hecho en el tiempo que estuvo fuera del pueblo, de su maestro el señor Crispín, con quien aprendió el oficio de zapatero, de las reuniones políticas a que asistían, etc. Aquéllos eran hombres—les decía. ¡Vaya una manera de decir las cosas! Y a su modo les empezó a hablar de las cuestiones sociales, de los derechos individuales, del reparto social, de los burgueses, de los tiranos y del librepensamiento, dejando a todos con un palmo de boca abierta, no entendiendo ni una palabra de lo que les decía; pero su extrañeza fue mayor cuando Ramón, llegando al colmo del entusiasmo, del que no era el menor causante el vino, les hizo la gran revelación: les dijo que él era... ¡masón! ¿Qué sería eso de masón? ¿No les había dicho antes que era zapatero? ¡Pues no había aprendido poco en Madrid! Y empezaron a mirarlo casi con veneración, como a un sér superior.

El estado de Ramón no era el más a propósito para

entrar en explicaciones, así es que dejaron para otra ocasión el que les aclarase aquellas ideas que ninguno comprendía, y sobre todo, el que les dijera qué clase de oficio era el de masón.

IV

Desde aquel día, y en los mismos sitios de recreo, empezó a darles una serie de conferencias, en las que poco a poco fue infiltrando en sus rudas imaginaciones estas ideas extrañas, y aunque aquellas sencillas gentes seguían ignorando los puntos fundamentales de lo que se les decía, toda vez que el que había de explicárselo se encontraba casi a la misma altura que ellos, los periódicos librepensadores que Ramón recibía casi a diario se encargaban, cual otra serpiente, de engañarlos con palabras e ideas que en el fondo llevaban el más ponzoñoso veneno, aunque en la apariencia pareciera que las guiaba el más noble desinterés.

Pronto el pueblo cambió de manera de ser en sus costumbres. Los hombres, en su inmensa mayoría, hacían alarde de sus ideas ateas, perdiendo el respeto a las autoridades y al señor Cura, del cual se mofaban haciéndole sufrir los más grandes desprecios, casi ninguno cumplía con los preceptos de la Iglesia, y aquellos sencillos e higiénicos juegos que antes constituían su único deleite y distracción, fueron desapareciendo, porque tenían que asistir a las reuniones y juntas que, presididas por Ramón, se celebraban todos los días festivos, y allí se juraba y se hablaba mal de todo lo existente, pidiendo a voz en grito la igualdad y el reparto; pero como todos querían repartir lo de los demás y no lo suyo, resultaba que en más de una ocasión salieron de dichas juntas disputando, y hasta llegaron a las manos, como podía menos de suceder.

El señor Cura los amonestaba con frecuencia a que volvieran al buen camino, del que se habían extraviado desde que Ramón les había hecho tragar aquellas ideas indigeribles para ellos; pero le contestaban que eran libres en el pensar y obrar, y que lo que quería era volverlos al estado de ignorancia en que se encontraban antes de venir éste de Madrid.

—Hijos míos, no adelantéis mi muerte; volved los ojos a Dios y dejaos de lo que Ramón y esos periódicos os dicen; os engañan, no lo dudéis.

—¡Que nos engañan! Menudas verdades les dicen a ustedes todos los días.

—Mavores verdades que las del Evangelio no las busquéis, y, sin embargo, esos periódicos las niegan con un cinismo atroz.

Todo era inútil; Ramón los había vuelto locos, y para convencerse necesitaban ver patente el engaño.

V

Pasado algún tiempo, los periódicos empezaron a dar cuenta de los atropellos cometidos con las comunidades religiosas en Francia y Portugal, así como del sinnúmero de reuniones públicas o mitins que se celebraban en toda España, para pedir la expulsión de los frailes. Ramón leía a sus convecinos estas noticias con gran alegría, y les decía que estaba próximo el triunfo de sus ideas, y confundiendo la palabra inglesa *meeting* con un nombre propio, les hacía ver la influencia que este señor ejercía sobre todas las clases sociales.

—Y debe ser sobrenatural, o son muchos hermanos—les decía,—porque es raro que el señor Mitin se encuentre al mismo tiempo en Madrid, en Barcelona, en Zaragoza y en qué sé yo cuantos sitios más. Tengo que escribir al señor Crispín para que me mande su retrato, y lo hemos de poner en la sala donde tenemos las juntas.

—¿Y por qué no le dices que venga?

—Hombre, esos personajes viajan con muchas comodidades, y para venir a Fonfría tiene que pasarse un día entero caballero en un mulo. Aunque se lo diré, por si acaso; porque vosotros no sabéis de lo que son capaces estos señores por el ideal.....

.....

Un día, al salir Ramón de la junta, tuvo noticia de que acababa de llegar al pueblo un caballero, al cual nadie conocía, y al momento pensó: ¿Si será el señor Mitin, que vendrá de Madrid o Zaragoza? Pero hubieran avisado. Y aunque no sea, ¿por qué no ha de tener nuestras ideas y hasta querer presidir la reunión en que nosotros vamos a pedir la expulsión de los frailes y la quema de los conventos? Porque a los del pueblo bien fácil me es hacerles creer que este señor es el otro. Y si no quiere a buenas, a malas.

Pensando en esto se encaminó a la posada donde paraba el forastero, y una vez llegado a ella, hizo pasarle recado de que quería hablar con él. Sorprendido el huésped, lo mandó entrar en su habitación, y después de los saludos de rigor, le preguntó qué era lo que deseaba.

—Pues deseaba saber cuál es el objeto de su viaje a este pueblo

—Mi viaje a este pueblo no tiene otro que el restablecerme de una grave enfermedad que acabo de pasar, y como aquí los aires son puros, la alimentación....

—Yo pensaba que venía usted a otra cosa; pero en fin, es lo mismo. ¿Usted será librepensador, eh?

—Y usted, ¿es agente de policía?

—No, señor; pero soy el jefe del partido socialista de este pueblo, donde gracias a mis esfuerzos tenemos una organización política que ya quisieran muchas capitales de provincia. Mañana vamos a tener una reunión para

adherirnos a la protesta general contra los frailes, y espero que no tendrá usted inconveniente en presidirla.

—¿Presidir yo una reunión? Pero hombre de Dios, si yo no soy político ni en mi vida las he visto más gordas.

—Pues no hay más remedio. Los del pueblo están ya avisados, y si no acude le pegan una paliza que lo matan. Son muy brutos.

—No lo dudo, no. Pero yo no presido nada, así me maten. Esta misma noche me marché de aquí.

—Imposible, no lo dejarán marchar. El papel de usted se reduce a bien poca cosa; ver, oír y callar; lo demás de mi cuenta corre. Escoja usted entre esto o que le arrastren por el pueblo.

—Pero....

—Nada, hasta mañana; y mucho cuidado con decir nada a nadie de lo acordado entre los dos.

VI

Los de Fonfría estaban locos de contento; ¡el señor Mitin había llegado la noche anterior de Madrid! Ramón se multiplicaba por el pueblo, disponiéndolo todo para la gran reunión, la gran asamblea. No sería en local cerrado, porque iría mucha gente y no cabrían; sería en el juego de pelota.

—Ya verán los frailes, ya verán. Aunque el señor alcalde diga que debe ser en Cafrería donde dicen los periódicos que hacen eso con los religiosos... ¡cuánto más adelantados están en donde los echan que nosotros! ¡Que no se diga que Fonfría se queda atrás!....

Por fin llegó la hora tan deseada por todos. A las once en punto entró Ramón en la posada a buscar al forastero, y fuera lo esperaban los del pueblo. No hizo más que aparecer en la puerta, y un ¡viva el señor Mitin!.... atronó el

espacio, y desde allí el juego de pelota se repitió mil veces.

El pobre señor se encomendaba a todos los santos del cielo para que lo sacaran con bien de aquella aventura, no comprendiendo por qué lo llamaban a él el señor Mitin. Quizá fuera a su secuestrador.

Una vez en el sitio de la reunión tomó la palabra Ramón, y ya iba a empezar a barbarizar cuando se presentaron el señor Cura, el alcalde y el secretario que, enterados de lo que ocurría, iban en auxilio del forastero, temerosos de que hicieran alguna barbaridad con él si notaban el engaño.

Si un astro de los cielos se hubiera desplomado a sus pies no hubiera quedado Ramón más aterrado. Con la presencia de los recién llegados se aclararía quién era y a qué había ido al pueblo aquel caballero, que él quería pasar por el señor Mitin, y ya se contaba con todos los huesos magullados. ¡No había previsto que pudiera ocurrir tal cosa! Así es que desde aquel momento no pensó sino en escurrir el bulto, lo que verificó aprovechando la confusión de los primeros momentos.

—Contra usted no va nada, señor Cura—dijeron la mayoría de los allí presentes, al ver al venerable anciano.

—Lo sé, hijos míos, lo sé; pero aunque así no fuera, no hubiera dejado de venir. Enterados del atropello que Ramón cometía con ese señor que ocupaba la presidencia, y que no es quien vosotros os figuráis, veníamos a evitar...

—¿Que no es éste el señor Mitin?—le interrumpieron.

—¿Cómo ha de ser el señor Mitin, si no existe tal persona en el mundo? Mitin es una palabra que signi-

fica reunión pública, y que ese bárbaro de Ramón ha confundido con un personaje.

—Pero usted, señor, ¿es el señor Mitin o nó?—gritaron los del pueblo?

—¡Qué he de ser yo ese señor! Yo me llamo....

—¡Granuja, infame, pillo!... ¡Nos has *engañao!* ¡Ramón! ¡Ramón!... ¡Te vamos a matar! ¿Aonde está ese *arrastrao?* Ya te *pues* meter bajo la tierra, embustero, que de allí te hemos de sacar.... ¡mentiroso!

Todos gritaban y enseñaban los puños o los garrotes en ademán amenazador, y quisieron salir corriendo en busca del impostor para matarlo; pero el señor Cura los detuvo diciendo :

—Perdonadle el engaño, y escuchadme a mí un momento. ¡No podréis figuraros cuánto me habéis hecho sufrir en este tiempo! Os veía alejados de la verdad y entregados de lleno al error y la maldad. Esas falsas ideas que Ramón os ha imbuído traen al mundo entero perturbado e inquieto, y es que donde falta la idea de un Dios, falta el fundamento de toda verdad y de toda justicia. ¿Quieren daros lecciones de cuestiones sociales, de moralidad, de libertad, de igualdad? No necesitáis ser unos sabios para decir dónde se aprende todo eso; mostradles un catecismo cristiano, y decidles que allí se nos enseña que todos somos hermanos, que no debemos querer para nadie lo que para nosotros no queremos; nos enseña a no desear los bienes ajenos, a respetar la mujer del prójimo, a no hurtar, a guardar, en fin, todos los mandamientos de Dios y de su Iglesia, que no solamente ninguno de esos políticos de oficio no guarda y respeta, sino que le son un estorbo, y por eso trinan contra los frailes y contra los curas, porque les recuerdan que hay un Dios que ha de juzgar sus malas acciones, y eso no quieren recordarlo ellos, sino

gozar, gozar a costa de vuestro sudor y buena fe, sin importarles nada llevaros a la revolución, a la anarquía, porque en último resultado, con desaparecer de escena, como acaba de hacer Ramón hace un momento, está todo arreglado, y allá vosotros os compondréis cuando, asustados, retrocedáis de vuestra propia obra. No os alucinen, hijos míos, con nuevas doctrinas; la verdadera es la que Jesucristo Nuestro Señor predicó, y ninguno de esos impostores es capaz de seguirla ni predicarla; por eso la niegan. Ahora, a perdonar a Ramón, que uno de los preceptos más sublimes de nuestra religión es el perdón, y cuando alguno os hable de socialismo, decidle que el primero de los remedios sociales se halla en la observancia de los Mandamientos de la santa ley de Dios. En eso sí que estriba la gran reforma del pueblo.

J. VELA BLESA

